

088. Jesucristo, Profeta y Testigo

¿No hemos oído nunca el nombre del científico, escritor y orador ruso Prokopieff? Vale la pena saber su historia. La Pascua de Resurrección era en Rusia la fiesta de las fiestas, y el saludo de todo el pueblo era un gozoso “¡Cristo resucitó!”. La revolución comunista la sustituyó por una fiesta patria con mítines, desfiles, actos culturales. Y aquel año tenía en un gran teatro la palabra el librepensador y ateo Prokopieff.

El público debía aplaudir todos los disparates revolucionarios que el orador lanzara. Pero ante el asombro de todos, un anciano pide la palabra. -¿Quién es usted? -Soy un cristiano. -¿Y qué tiene que decir usted aquí hoy? -Pues, esto: que hoy es Pascua, y Cristo resucitó. El público queda electrizado al revivir todos sus recuerdos cristianos, y empiezan a gritar: ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado!...

El mismo Prokopieff no resiste, y se suma al entusiasmo general. Se inclina, repite la profesión de fe de su niñez, y le dice con emoción al anciano: -Sí, ¡Cristo resucitó! Por favor, hábleme de él. De aquí arrancó la conversión de aquel ateo a la Iglesia Católica.

Este hecho magnífico nos trae a la mente y a la boca dos palabras clave sobre la misión de Jesucristo y del cristiano, como son las palabras “Profeta” y “Testigo”.

Jesucristo es el Profeta por antonomasia, porque ha comunicado la palabra última de Dios al mundo, como lo afirma el principio estupendo de la Carta a los Hebreos: -*Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos a nuestros antepasados por medio de los profetas, últimamente nos ha hablado por su Hijo.* Por Jesucristo nos da dicho Dios su palabra definitiva, y Jesucristo se ha constituido también en el Testigo más autorizado de Dios, como lo llama el Apocalipsis: -*Esto dice el Testigo fiel y veraz* (3,14)

Jesucristo, el Profeta y el Testigo, ha comunicado a su Iglesia el carisma de la profecía y el testimonio, y el cristiano habla también en nombre de Dios y testifica con su vida la fe que proclama.

En nuestras celebraciones y en los encuentros de los cristianos comprometidos se repite muchas veces la conocida canción: -*Por ti, mi Dios, cantando voy la alegría de ser tu testigo, Señor.*

La cantan los que se consideran a sí mismos “profetas” y se empeñan en ser lo que eran aquellos grupos que la Biblia llama “hijos de los profetas”, israelitas selectos, determinados a defender la Ley de Dios en el pueblo, fieles a los que eran profetas por vocación especial de Dios, y que hoy lo diríamos de los Obispos y Pastores puestos por Dios al frente de su Iglesia.

¿Qué hacen esos profetas? Al participar por el Bautismo de la misión profética de Cristo, quieren hablar al mundo de hoy en nombre del mismo Jesucristo, señalarle caminos de salvación, defender los derechos de Reino, promover la justicia a favor de los más necesitados, salir siempre por la causa de Dios.

¡Y cómo ha bendecido hoy Dios a nuestra América con verdadera abundancia de profetas, que, al derramar su sangre, se han convertido en los más autorizados testigos de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia! Esto han sido tantos catequistas, delegados de la Palabra, líderes de las comunidades cristianas... No digamos ya de un Monseñor Romero, abanderado de la justicia a favor de los pobres. O de Mons. Isaías Duarte, el

Arzobispo de Cali, acribillado a balazos por haber atacado la inmoralidad del tráfico de drogas, inmoralidad incompatible con la honestidad cristiana.

Y para toda la Iglesia, como el caso excepcional del Papa Juan Pablo II.

Cuando se le hacía tan difícil sostener el cargo del Pontificado, más de uno lanzó su resquemor contra un Papa tan serio y tan valiente en defender el derecho a la vida y la vida moral de la Iglesia. La razón que daban los criticones en cuestión, era la salud del Papa, y venían a pedir: *-¿Por qué el Papa no renuncia de una vez?* Esto era lo que pretendían los descontentos con sus críticas mordaces. Pero un Arzobispo y periodista muy notable, comentó con energía:

- No debe renunciar. Porque un Papa que así pasea la Cruz de Cristo por el mundo, es el mejor testigo de la fe. Todas sus enfermedades provienen del atentado brutal con se le quiso suprimir la vida. El Papa sigue clavado en la Cruz, y, crucificado como está con Cristo Jesús, goza de una autoridad que no ha tenido nadie (Sentido, no las palabras textuales, de Mons. Cipriano Calderón)

Todos estos profetas han podido decir lo de Ignacio de Antioquía, que escribía cuando iba prisionero a Roma para ser echado a las fieras del circo: *-Molido por los dientes de las fieras, vengo a ser palabra de Dios. Si me impiden mi muerte, no seré más que voz vacía, ruido que se apaga.*

Esos profetas de hoy quisieron ser salvadores del pueblo, y a todos ellos les costó la vida como a Jesús.

Lo decía muy bien el Papa Pablo VI: *-Jesús afirma ser el Cristo Hijo de Dios en el proceso religioso. Jesús afirma ser el Rey de la Historia mesiánica en el proceso civil. Y por esos dos testimonios será crucificado.*

El profeta habla en nombre de Dios, toma la palabra de Dios, es eco de la misma voz de Dios. Pero a la palabra, el profeta añade como garantía el testimonio de la propia vida, pues vive lo que dice.

Se puede ser profeta hablando mucho y no consiguiendo nada, porque la palabra no es suficiente. Mientras que el testigo, sin hablar a veces, con su silencio, se convierte en el profeta más autorizado.

A este propósito, el Papa Pablo VI dijo aquellas palabras famosas, tan repetidas, y que ya son para la Historia: *-El mundo de hoy escucha con más gusto a los testigos que a los maestros.*

Jesucristo, Profeta y Testigo, no quiere esta gloria sólo para Sí. La quiere para todos los suyos. ¿Y quiénes son los valientes que se apuntan?...